

Al quitarse el manto, descubría su talle, floreciente rama de sauce. ¡Qué bello abrirse del capullo para mostrar la flor!

Del poeta granadino Abdelaziz b. Habra, apodado El Monfátil (s. xi)

El lunar

En la mejilla de Ahmed hay un lunar que hechiza a todo hombre libre de amor:

Parece un jardín de rosas, cuyo jardinero es un abisinio.

De Manuel Altolaguirre (Málaga 1905–1959), las primeras versiones conocidas son las que hace del francés: prosas de Chateaubriand (*Atala*, *René*, *El último Abencerraje*) y Victor Hugo (*Los trabajadores del mar*); y poemas que publica en revistas, en 1931 y 1932, del poeta amigo Supervielle, recogidas en el libro colectivo ya citado y del que pronto hablaremos más en detalle. Luego, todas las versiones que haga serán del inglés, iniciadas a partir de 1933 con su traslado a Londres ese año, junto con su mujer Concha Méndez, con una beca de la Junta para Ampliación de Estudios. Allí publicará su famosa revista *1616, English & Spanish Poetry*, que une en la fecha de su título a Cervantes y Shakespeare en el año de su fallecimiento, y con ellos a las dos culturas y lenguas.

Altolaguirre publica en *1616* versiones de los poetas clásicos Shelley y Keats, y de los contemporáneos Eliot, Housman y Stanley Richardson. De vuelta a España en 1935, publica en *Cruz y Raya* un fragmento de *El paraíso perdido* de John Milton, que en 1943 fue recogido por Maurice Kelley en una publicación neoyorkina (John Milton, *Paradise Lost and Other Poemas*) y que recientemente ha sido reeditado en España (*Paradise Lost de John Milton, fragmento. Versión castellana de M. A.* Edición de Rafael Osuna. Málaga, Centro Cultural Generación del 27, 2008). Posteriormente, en su exilio mexicano, completaría la versión del *Adonáis. Poema a la muerte de John Keats*, de Shelley, que se publicó en la colección Austral y se incorporaría, tras su muerte, a sus

Poesías completas editadas en México por el Fondo de Cultura Económica en 1960, con el mismo formato que *La realidad y el deseo* de Cernuda.

A Altolaguirre le gusta traducir convirtiendo el poema extranjero en poema español, dándole ritmo de versos propios. Su traducción del *Adonáis* es magistral. Leamos algunas de sus versiones:

De Shelley, «A la luna»:

Errática, sin amigas,
Entre estrellas de otra sangre,
¿Estás pálida de tanto
Ascender al firmamento,
De tanto mirar la Tierra?
Pareces un ojo triste
Que no ve nada que valga
La pena de ser constante.

La estrofa inicial del *Adonáis*:

Murió Adonáis y por su muerte lloro.
Llorad por él aunque el ardiente llanto
no deshaga la nieve que le cubre.
Y tú, su hora fatal, la que escogida
fue de los años para que él muriese,
despierta a tus oscuras compañeras,
muéstrales tu dolor y di: «Conmigo
murió Adonáis y mientras que el futuro
al pasado no olvide, su destino
y su fama serán eternamente
un eco y una luz para los hombres».

Y finalmente, «En Noviembre a medianoche» de Alfred E. Housman:

En Noviembre, a medianoche,
feria de los hombres muertos;

noche de miedo en el valle
y de furor en el cielo.

Gime el bosque deshojado
alrededor de las casas;
de muertos, a los mortales,
dedos en las puertas, llaman.

Son de manos que estreché
esos dedos indecisos;
el amigo falso duerme
y los abandona al frío.

Me levantaré a seguirles
por el viento, por la lluvia,
hasta el lecho de los mares,
al África y a la India.

Lo noche se hundió con toda
su pálida compañía.
Los gallos cantan al alba.
Los colores se avecinan.

Los vivos son los que viven.
Los muertos siempre están muertos.
Y yo iré con mis amigos
de cara a la luz del cielo.

También deben ser reseñadas sus traducciones en colaboración, como la de *El convidado de piedra* y el *Festín durante la peste*, de Pushkin, a medias con O. Savich (Barcelona, Asociación de Relaciones con la URSS, 1938), y las que publicó en Cuba en 1940 de *La canción de Juan sin Tierra* de Iwan Goll con Bernardo Clariana o de *El ciclo de la creación: tetralogía cristiana*, del italiano Luigi Sturzo, junto con Bertha Pritchard.

Rafael Alberti (El Puerto de Santa María, 16.12.1902-28.10.1999) es uno de los autores de su generación que más poe-

sía traduce, casi toda al alimón con María Teresa León (con perdón por el pareado), aunque hay que esperar a los años de la república para encontrar sus primeras versiones, y la mayoría fueran publicadas en sus años argentinos. En buena parte de sus versiones consiguen mantener en castellano ritmos similares a los de los originales, aunque ni siquiera lo intentan en las versiones de poetas chinos, hechas sin duda a partir de una lengua intermedia. Sus traducciones son las que siguen:

Jules Supervielle, *Bosque sin horas*. Poemas, traducidos del francés por Rafael Alberti con versiones de Pedro Salinas, Jorge Guillén, Mariano Brull y Manuel Altolaguirre. Madrid, Plutarco, 1932. (Es un libro colectivo realizado por la amistad que unía a todos ellos con este poeta uruguayo-francés.) Un ejemplo de los poemas traducidos por Rafael, «Vivir»:

Por haberte pisado,
Corazón de la noche,
Soy un hombre prendido
En redes estrelladas.

Desconozco el reposo
Que conocen los hombres
Y está mi mismo sueño
Devorado de cielo.

¡Desnudez de mis días,
Ya te han crucificado
Pájaros de la selva
En aire tibio, yertos!

¡Ah! caéis de los árboles.

«Cinco poetas belgas contemporáneos». Traducciones de María Teresa León y Rafael Alberti. *La Gaceta Literaria*, n.º 123, Madrid, 1932. (Poemas de Charles Plisnier, Hubert Dubois, Henri Michaux, Odilon-Jean Perier y Edmond Vandercammen).

Daré aquí sólo un breve ejemplo, el arranque del poema «El porvenir» de Henri Michaux, autor que tanta fama alcanzaría años más tarde:

Cuando las mah,
Cuando las mah,
Las marismas,
Las maldiciones,
Cuando las majajajáj,
Las majajaborrás,
Las majajamaladijajás,
Las matratrijajás,
Los hondregordegarás,
Los honrucurachuncús,
Los hordar polapes de puri para puri
Los inmoncéfalos glosados,
Los pesos, las pestes, las putrefacciones,
etc.

De Langston Hughes, «Poemas», en *El Mono Azul*, Madrid, 19.8.1937: «Yo también»:

Yo también canto a América.

Soy el hermano oscuro.
Me mandan comer en la cocina
cuando vienen visitas.
Pero me río,
como bien
y me fortalezco.

Mañana
me sentaré a la mesa
cuando lleguen las visitas.
Nadie se atreverá a decirme
entonces:
«¡Anda, negro, a la cocina!»

Además,
verán que soy hermoso
y les dará vergüenza.

Yo también soy América.

Paul Éluard, *Poemas* (1917-1952) Versión castellana, selección y prólogo de María Teresa León y Rafael Alberti. Buenos Aires, Editorial Lautaro, Colección «El pan y la estrella», 1957. 168 págs. Entre los poemas traducidos está, naturalmente, el famoso «Libertad». Reproduzco aquí otro más breve, «La enamorada»:

Está de pie sobre mis párpados
Y sus cabellos en los míos,
Tiene la forma de mis manos,
Tiene el color de mis pupilas,
Ella en mi sombra se sumerge
Como una piedra sobre el cielo.

Siempre los ojos tiene abiertos
Y no me deja que me duerma.
A plena luz hacen sus sueños
Que hasta los soles se evaporen.
Me hacen reír, llorar, reír,
Hablar sin tener qué decir.

Mihail Eminescu, *Poesías*. Versiones de Rafael Alberti y María Teresa León. Buenos Aires, Editorial Losada, 1958. 2.^a edición, Barcelona, Seix Barral, 1973. Eminescu, el poeta nacional de Rumanía, vivió sólo 39 años, en el siglo xix. Fue un romántico tardío, de raíces populares, nacionalista revolucionario en política. Leamos la versión de «Adormecidos pajarillos»:

A medio dormir los pájaros,
se juntan cerca del nido,
se esconden entre las ramas.
¡Buenas noches!